

CAPÍTULO VI

COMUNICACIÓN CON EL AUDITORIO

No basta, para ser elocuente, voz educada, correcta pronunciación, dicción agradable, fisonomía expresiva y conjunto armónico de acción; requiérese además entrar en el alma de los oyentes y hacerlos vivir de vuestra propia vida.

Vana ostentación será el discurso, sin la profunda convicción de que habláis á un auditorio, no como quiera, sino con el fin de comunicarle vuestros pensamientos, vuestro sentir y santas emociones. ¡Cuántos predicadores concentran toda su atención en lo que dicen, y parece que hablan á un ser vago y vaporoso, flotante bajo las bóvedas ó entre los pilares de la iglesia! Abajo los espera el auditorio, y diríase que temen acercársele. Con todas las dotes de inteligencia y de palabra que se quiera, son fríos por falta de lo que debe ser complemento del discurso y de la acción: la comunicación directa con las almas que han de instruir y mover.

Jamás arrojéis á lo alto y á lo lejos la divina simiente para que cada cual coja á la ventura lo que pueda, sino descended á los surcos y por ellos pasad el rastrillo de vuestra acción oratoria, para que el buen grano entre hasta el fondo de las almas. Una vez más, no habléis al aire, sino al auditorio; haya, entre vosotros y él, cambio de ideas, de sentimientos y de vida.

No sé donde leí, cual consejo dado á los nuevos predicadores: «Mirad al auditorio en globo, y con nadie tropiece vuestra vista.»—Pase esto en los primeros ensayos, cuando los noveles carecen de seguridad, y se exponen á distraerse ó aturdirse con las manifestaciones benévolas ú hostiles del auditorio. Mas de seguir siempre ese consejo, os privaríais de un excitante que ofrece á la vena oratoria no pequeña utilidad.

Con efecto, hay buenas fisonomías de oyentes en que se reflejan todas las impresiones recibidas. Sus ojos expresivamente abiertos, sus facciones dilatadas, su atención sostenida, son otros tantos signos halagüeños que dicen al orador: Bien va, continúa. Por otra parte, hay fisonomías que parecen rehacias contra el aguijón de la palabra, y toman bajo sus ataques, defensiva actitud. No las esquivéis, que son como latigazo que os provoca al calor del raciocinio y á los transportes de la pasión. Otros denotarán, con fruncimiento de cejas

y leves gestos, que habláis muy alto ó bajo, aprisa ó despacio, con ímpetu ó con languidez. Es la censura, y hay que tener cuenta con sus advertencias. Acostumbraos á mirar bien toda vuestra gente: tal es mi parecer. Exceptúanse los dormidores, de quienes importa desentenderse, para no caer en impaciencia y no salir con alguna reconención menos discreta.

Predicando una cuaresma, dí con un buen párroco que sin falta empezaba á cabecear al medio del exordio, y hasta el fin del sermón dormía como un bienaventurado. Estábamos en la explicación del Decálogo; y un día, á propósito del cuarto mandamiento, hablé de la paternidad espiritual del sacerdote. Hice, de consiguiente, el elogio del buen pastor y lo apliqué al respetable señor cura, cuyo inteligente celo é inagotable caridad todos reconocían. Como es de suponer, volviéronse las miradas hacia él, que seguía en profundo sueño. Aquello iba resultando cómico, y salí del paso, diciendo: «Puedo hablaros de las virtudes de vuestro padre en el Señor, con más confianza por lo mismo que él no me oye.» Esta salida excitó gran hilaridad; lo sentí, y más lo hubiera sentido, á no dar con un hombre buenísimo, que se contentó con decirme después del sermón: «Vaya, Padre, que me ha hecho V. una travesura, voy á ver si me corrijo.» Otro se hu-

biera resentido, y me hubiera dado un disgusto. Seguramente, lo mejor es no fijarse en los que duermen y limitarse á las impresiones de los que escuchan.

He de advertiros que no pretendáis de buenas á primeras poner os en íntima relación con el auditorio y daros cuenta de sus impresiones. Para ello se necesita ya cierta facilidad, que poco á poco se adquiere, encontrándose con los mismos auditorios en predicaciones seguidas, como ejercicios, cuaresmas, misiones, series de pláticas y conferencias. Nada hay más favorable á la palabra pública que hallarse en país conocido.

No sólo debéis poner os en comunicación con el auditorio dándole algo de vosotros, sino que debéis vivificarle, que es el triunfo de la elocuencia. Interrogadle, ponedle en escena, hacedle hablar, dialogad con él. Con Fr. Luis de Granada os he dicho las ventajas de este método (1).

Así, la predicación, más que efusión de vuestra vida apostólica, es cambio de vida que anima la palabra pública y la hace en sumo grado atractiva. Tórnase el auditorio más ávido de la predicación, por lo mismo que en ella desempeña un

(1) Véase Cap. IX, *Pasiones y Conveniencias oratorias*.

cometido. Mas esto exige, por parte del predicador, mucho arte, flexibilidad y gran talento de acomodación.

Para dar vida al auditorio, se han ideado en algunas partes conferencias dialogadas, durante las misiones: un misionero hace de contrincante. Es el auditorio personificado, proponiendo sus dudas y objeciones. Bien hechas, pueden estas conferencias ser muy interesantes, porque la variedad de cuestiones que se tratan y la animación del diálogo no permiten decaiga ni un instante la atención de los oyentes. Pero exigen mucha prudencia y seria preparación. La inmensa mayoría del auditorio naturalmente, se pone del lado de quien le representa. Se necesita que la exposición de las verdades sobre que versan sus dudas revista entera claridad y precisión, y sea contundente la respuesta á sus objeciones. Por eso los conferenciantes deben entenderse de antemano y trazar de común acuerdo el plan de batalla, para evitar toda sorpresa ó defección. Expónense á graves inconvenientes, si se contentan con simples indicaciones y preparación superficial. He conocido justas oratorias en que llegó á tal punto la contradicción, que resultó verdadero escándalo. Decía un hombre: «Lo cierto es que el pequeño zurró bien al mayor.» El mayor era el que predicaba y menor el argumentante. Evita-

réis estos inconvenientes, teniendo agilidad de talento para desempeñar el papel de ambos personajes y dialogar con vuestro auditorio.

Para ponerlos en debida comunicación, despedid francamente la voz desde principio del discurso, y haceos cargo de su alcance por la actitud de los que escuchan. Haced de modo que á todos llegue vuestra palabra; mayor concurrencia pide mayor gasto de vida, por ser más amplia la comunicación, y su efecto más intenso. En compactas muchedumbres, la aproximación crea corrientes misteriosas que transmiten de un oyente á otro la emoción producida por una palabra elocuente, y recibiendo el orador como un reflejo de esa emoción, siente mayor necesidad y más vivo deseo de darse.

No vayáis, sin embargo, á creer que hayan de reservarse las comunicaciones de vuestra vida para asambleas numerosas. Poco flo en la virtud y celo de oradores presuntuosos que afirman no poder predicar bien sino á grandes auditorios. Nunca la reducida concurrencia fué inconveniente para los que tienen pasión por la divina gloria y el bien de las almas. A diez ó quince personas predicaba de mil amores San Francisco de Sales, y recogía copiosa mies de edificación y conversiones. No os déis vosotros más importancia;

sembrad escrupulosamente lo mismo en los pequeños campos que en los grandes. Tanto más liberal será Dios en premiar vuestro celo cuanto más llenos de humildad estéis.

Convendría, caso de poco auditorio, invitarlos á que se junten, ya que la proximidad crea, según os he dicho, corrientes simpáticas, y, como nota un célebre profesor, los auditorios desparramados carecen de electricidad.

Sean pocos ó muchos los oyentes, no contéis con las simpatías de todos; siempre tendréis enemigos. El primero es la ligereza mundana, que busca reputaciones. Se desalan por oír á un predicador que, con sus talentos y triunfos oratorios, se ha creado fama, le escuchan con avidez, y sólo les falta aplaudirle á cada párrafo. En cambio, reciben con indiferencia, y tal vez con menoscupio, al desconocido que osa dar lecciones á los hijos del mundo. Aquí tienen perfecta aplicación las palabras de la Escritura: «Habla el rico, todos callan, y ensalzan su palabra hasta las nubes: *Dives locutus est, et omnes tacuerunt et verbum illius usque ad nubem perducent.* Habla el pobre, y exclaman: ¿Quién es ese? *Pauper locutus est et dicunt: ¿Quis est hic?*»... (1). Varones apostó-

(1) Eccli., XIII, 28, 29.

licos, afrontad sin temor á ese enemigo, sobreponed á la ligereza mundana. Si sois pobres de celebridad, sed ricos de celo evangélico, y acabarán por escucharos.

A la ligereza mundana juntad las prevenciones, errores, vicios y pasiones, cuyas hostilidades urge vencer. Os remito para ello al capítulo de las *Pasiones y conveniencias oratorias*, y al presente añadido este importante aviso: Mientras podáis, no toméis, en la lucha con los enemigos de la divina palabra, actitud de encarnizado combatiente. Evitad con prudencia, en el ardor de vuestra pasión oratoria, términos mordaces, personalidades irritantes y duros apóstrofes. A fuer de luchadores tan magnánimos como valientes, haced entender á quien os oye que vuestras invectivas se dirigen contra sus errores y extravíos y de ningún modo contra su persona, que os es querida, y cuyo bien y perfección con apasionamiento deseáis.

No necesito hablaros de ciertos exabruptos que, en naturalezas impacientes, suele excitar una puerta que hace ruido, la entrada de uno que llega tarde, la mala compostura de un otro, y cosas por estilo. Debéis comprender que un hombre que da importancia á estos pequeños accidentes, hasta quejarse en público, pierde su dignidad y desacredita su palabra.

Todo lo dicho se compendia en este último dictamen: Tomad por regla de vuestras comunicaciones con el auditorio la paciencia, gravedad, indulgencia, y amor de las almas; conozca, en vuestro modo de tratarle, que le amáis y sólo pretendéis su bien: *Amare est velle bonum alicujus*.